

La abuela Lucy

1

¿Quién fue el primer hombre en el mundo? Los teólogos nos dicen que Adán, un guapetón mozo sin madre, sin ombligo, sin suegra y sin sastre. Claro está que nos hallamos aquí con el clásico problema del huevo y la gallina. Sin embargo, la Biblia no anda tan descaminada. Somos barro, polvo, cenizas, humo, acaso nada. La vida no es sino una determinada organización de la estúpida materia. El hombre, su remate: la guinda del pastel. ¿Existe un Alfarero? No lo sabemos ni lo sabremos. A Dios nadie lo ha visto y, si alguno ha contemplado su rostro, se ha muerto como justo castigo de su insolencia. Quien reta al padre Sol con su mirada queda ciego. Solamente sabemos que en un momento estelar, en un instante maravilloso, unos jirones de átomos se juntaron - ¿azar o voluntad? - para crear una célula. O sea, un ser cuya suma es mayor que los sumandos. Y de ahí, peldaño a peldaño, hasta las tejas más altas donde los gatos maúllan a la luna. La religión no está obligada a darnos la aclaración de cómo Dios - Omnipotente, Supremo, Altísimo - insufla la vida en una figura de arcilla como las usadas en los belenes navideños. La ciencia - ¡ay! - no tiene ese enorme privilegio. ¿Cuándo la noche se hace día? ¿Cuándo el azul pasa a ser verdoso y el verde azulado? ¡Quién puede saber los infinitos fragmentos que componen un segundo! Hace muchísimos años, miles de años, “tropocientos” años (ésta es la única medida capaz de evitar los constantes “tropezones” de la siempre creciente datación arqueológica) vivió en un concreto lugar de África una mujer pequeña, peluda y, así queremos creerlo, tan suave como el burrillo Platero o el céfiro preñador de las veloces yeguas. Pero esta menuda australopiteca, a la que nadie se atreve a incluir en su álbum de familia, caminaba como nosotros. De pie. Esta mujer es Lucy, nuestra antepasada. ¿Un simio similar, una simuladora, una semejante? ¿Una prima? ¿Un primate? Aquella primitiva fémica nos revela ya el paso más importante para que un día Cervantes escriba el Quijote, Kant se estruje los sesos y a Nietzsche se le derritan. El hombre, también similar al simio, deja de gatear y en virtud de esa revolución copernicana se libra de una vida aperreada. ¡Tiene dos patas liberadas! El mono se contenta con trepar a los árboles y coger las frutas maduras sin esperar a que caigan. Los hombres crean instrumentos para talar los árboles y conservar los alimentos igual que los vocablos de la lengua conservan en formol la forma y el recuerdo de las cosas cuando están ausentes. Yo digo “perro” y el perro, aunque no esté, está. La posición vertical del hombre

desnudo - sin bolsillos donde meter sus manos - hace inútil el morro que precisan aquellos animales que no pueden llevarse nada a la boca (¡qué placer volver a nuestro estado natural cuando jugamos a morder la manzana con las manos atadas a la espalda!). Pero aún hay todavía un cambio más importante en esa transformación que nos lleva desde las cuatro patas a la verticalidad de la condición bípeda. Alzado el cráneo humano - esa maceta rellena de circunvoluciones neuronales que lucen incluso los desequilibrados mentales - sufre modificaciones cuyo resultado es ampliar el volumen del cerebro, ese ordenador portátil que nos coloca en el primer puesto de la escala zoológica. A mayor tamaño - aquí el tamaño sí cuenta - mayor especialización de cada espacio. ¿París o Villarrobledo de abajo? Más conexiones, más funciones. Pero esa puesta de largo que señala el día de la mayoría de edad de la humanidad prehistórica no deja de tener sus riesgos, sus inconvenientes, sus peligros. Un animal (dejemos el caso de los ciempiés y otros pigmeos de la fauna) corre mucho más con un motor de cuatro patas y las aves, que solamente cuentan con dos, pueden suplir su defecto volando para escapar de los depredadores. ¿Qué debe hacer el hombre, animal indefenso, ante un ataque de una bestia con fauces? No tiene cuernos como el toro ni dientes como el oso, pero sus dedos, rascando su colodrillo, han descubierto que las cañas se hacen lanzas y que las piedras son como puños voladizos que salen del brazo disparadas igual que dardos. La bofetada siempre tendrá un sello femenino. Tal vez sea esa la razón de que el guantazo sin mano dentro se tome como un símbolo de desplante en el duelo que opone el agraviado al ofensor. Nos golpea una mano ectoplásmica. Del puño viril de la pugna entre machos a la empuñadura y al puñal. El lobo feroz, fiera al fin y al cabo, muerde sin mordaza. Y "mordedura" implica muerte, mortalidad. ¿No se podrá dar a la piedra redondeada la forma del colmillo puntiagudo golpe a golpe? El hombre primitivo aprende que los cascotes de las rocas caídas rompen las cabezas como si cascasen cáscaras de nueces. He aquí ya inventada una industria prometedora: el arte de los Picapiedra, los canteros. Y como todo arte humano, solamente puede decaer si antes ha progresado; y solamente puede progresar si comienza de la nada. ¿Un hacha de piedra tosca, basta, torpe, chapucera, acabada con unos pocos golpes donde no se sabe si prevalece más la pereza o la falta de habilidad? Los arqueólogos la catalogaran como propia de la "vieja piedra", el "paleolítico". Con el paso de los siglos, de muchos siglos, los hombres se superan a sí mismos, aprenden que las piedras admiten como los boxeadores curtidos más golpes, un trabajo mejor acabado, de una mayor finura y destreza, una técnica de percusión

que permite la repetición de los movimientos y la consecución de más útiles con menos tiempo. He aquí el fin de cualquier trabajo: trabajar menos. Y esa nueva manera de percusión tendrá su repercusión. A ese nuevo periodo de un rendimiento mayor, de una productividad más alta y una calidad más excelente los expertos en hurgar nuestros orígenes lo llaman “neolítico”, la piedra nueva. El hombre ya se siente seguro frente a las fieras, pero ¿no tiembla de miedo y de frío tan pronto como la gran bola de fuego se retira detrás de la montaña?

2

El hombre se ha puesto de pie. El hombre ha descubierto que no es solamente un vulgar mono con dos manos. Puede hacer cosas, fabricar objetos. Por ejemplo, una lanza que junte con una fibra vegetal un palo y una piedra. ¿Hay alguien en el zoológico que pueda jactarse de otro tanto? He aquí, sin embargo, que desde la cima de un alto monte un ser más poderoso, un dios invisible, arroja unas lanzas más poderosas, unos rayos que rasgan el velo de la noche e incendian los bosques donde se refugia el hombre. Esa terrible llama en la boca de un dragón, esa cicatriz ígnea tan secreta y misteriosa como el fuego bizantino antes de que el espionaje industrial - *avant la lettre* - de los árabes desvelase su misterio, el fuego... ¿no hará preciso el sacrificio de una víctima para aplacar la cólera del gran señor que lanza gruesos rayos de sol como escupitajos reclamando su dominio sobre todas las posesiones? Pero, un día, algún hombre arroja una piedra sobre un ciervo que huye, sobre un enemigo que se oculta, sobre una muchacha que escapa de su amo... La piedra golpea otra piedra, un pedernal, y de ese yerro en el tiro surge un gran acierto, casi un milagro: salta una chispa que enciende unas hierbas secas. El secreto de los dioses ha sido descubierto, puesto “a la luz”. Tal es el fondo quizás que encierra el mito de Prometeo, aquel “buen ladrón” que se llevó el fuego del “Olimpo” (de la misma raíz que “relámpago” y “limpio”) para entregarlo a los hombres. Debe evitarse que el fuego se extinga, debe conservarse latente, sin apenas brillo, como hace la planta en la cual esconde el héroe griego su hurto. ¿No reavivan las brasas la llama soplando? ¿No existen vírgenes vestales, más prudentes que las necias, para mantener vivo ese divino fuego durmiente? Gracias a esa luz y calor del rayo domesticado, de un rayo que no cesa, el hombre puede internarse por el corredor en la profundidad inexplorada de las cavernas, en ese útero de la tierra, la diosa madre. Hasta entonces se mantenía apegado a los abrigos naturales, en las antesalas de

las grutas, igual que un barco incapaz de alejarse de la costa mientras no disponga de la brújula.

Las fogatas son como soles pequeños, imágenes reducidas del astro rey. Y la bóveda celeste es el reloj más antiguo. En el punto más alto de la esfera, el mediodía. Ninguna sombra eclipsa su plenitud. Cada marca indicando una hora, señalando una posición del sol, ascendiendo o descendiendo, nos recuerda a un leño puesto alrededor de la fuente central de la hoguera. ¿Cuántos troncos y ramas caben y se consumen en torno de la zarza ardiente? ¿Doce? ¿Veinticuatro? ¿Sesenta? ¿Trescientos sesenta? Evidentemente la cantidad depende de la calidad de la madera. Ahora bien, parece lógico que si alguien, tal vez por turno horario o diario, debe mantener el fuego, se deba conocer cuántos troncos son precisos para que no se apague hasta llegar al alba. Si las dimensiones son equivalentes también será el número racional, controlable, contable. En algunas cuevas se observan unos signos misteriosos: palotes alineados como púas de peine, triángulos parecidos a pilas, cuadrados como cabañas... ¿Son marcas contables, registros de la madera usada y almacenada que debe durar hasta el final de la noche, hasta la desaparición de la última nieve sobre la hierba? Se conservan bastones con tantas muescas como días tiene el mes lunar. Sería tan aventurado como sorprendente descubrir que el hombre primitivo ya conocía, sin el servicio militar, lo que es estar de "imaginaria". Y es posible que los más listos, contemplando las estrellas, fuesen los primeros astrónomos en la tierra. Pero antes de que los sabios adquiriesen su sabiduría en los cielos la succionaron de las suculentas raíces de la tierra. El "sabio" es el hombre que sabe de sabores igual que el "veterinario", más por veterano que por diablo, sabe rajar bestias como los matarifes, los cirujanos, los barberos o los sacerdotes encargados de los sacrificios. Un cuchillo, muchos "cultos" u oficios. En suma, si algunas plantas curan, otras matan. O alimentan o enferman. Sin embargo, hay veces en que no se sabe si el remedio es peor que el mal. Ciertas plantas producen "luces extrañas", "alucinógenas", como si fuesen los focos de una discoteca de música *psicodélica*. En las paredes de una cueva africana se puede contemplar una escena curiosa: varios miembros masculinos de un clan aparecen "excitados", entregados a movimientos violentos, casi danzando de una manera "orgiástica". ¿Se trata de una *vomitona* causada por alguna intoxicación alimentaria? ¿O quizás de un "colocón" de pandilla? ¿Refleja la pintura rupestre un primitivo "fumadero de opio"? Sea lo que fuere, parece evidente que doña Mari Juana no es de ayer precisamente.

Claro está que los hombres no solamente se aturden con

sustancias propias de los *drogatas*. Quienes no fuman se marean entrando en algunos tugurios cuya densa niebla apenas deja entrever la barra detrás de la humareda. Podemos imaginar qué sería una noche dentro de una gruta, mal ventilada, con una fogata de mala combustión. El vigilante grotesco, junto al fuego, inhalando caladas como un bohemio o un poeta maldito, no cuenta ovejas para dormir: dibuja ciervos y bisontes para no dormirse. Las pinturas rupestres son los primeros cuadros de las casas mucho antes de que éstas pasen por las manos amaneradas de los decoradores. Y, además de dos manos y talento artístico, ¿qué se necesita para pintar? Por supuesto, tener un motivo. Los pintores, si no son unos mercenarios y tienen muchas más ganas que ambición de ganar, buscarán un mecenas liberal, sea en Atenas o en Micenas. La captura del oso o el bisonte se dará “por añadidura”. Los prehistoriadores suelen hablarnos que tal o cual figura parietal tienen un “simbolismo mágico-ritual”. O dicho de otra forma, al modo rupestre, con una pedrada: los expertos tienen tan poca idea como un médico cuando nos habla de una “disfunción” para “explicar”, claro está, que algo no funciona como es su función. Pero, antes o luego del sentido, tenemos a mano la humildísima materia. De colores, por supuesto. Los primitivos han usado especialmente estos cuatro elementos cromáticos: el negro, el rojo, el verde y el ocre. Uno remite a la tierra arcillosa, otro a los pigmentos vegetales, otro a la sangre vertida y, el último, el citado primero y quizás el más importante, al carbón, el hollín que tanta huella ha dejado, pese a la mala caligrafía, en la literatura y en los dibujos “gráficos” (como mero ejemplo del desparrame verbal de la raíz léxica de “grafito” diremos que “graf-” emparenta el arañazo de la “grapa” con los “grafiteros” y con los “grifos”, esos animales con las garras en punta de cuya boca salía, como de gárgolas, el agua urbana en las fuentes clásicas).

El carboncillo o grafito hace posible el arte, pero ¿cuáles son los primeros lapiceros del artista? Sin duda las ramitas “carbonizadas” de las hogueras medio apagadas, humeantes, unas ramas que “crep(i)tan” al arder dentro de la “cripta” o “crupta”, la “gruta”. La voz “críptico” significa “oscuro”, “misterioso”, tan poco claro como la “scriptura” de los signos impresos en las paredes. Cosa de magos, del magisterio, y cosa que nos lleva fuera de los márgenes de la prehistoria. Volvamos, pues, al redil y para ello nada mejor que fijarnos en la imagen que precede a este apartado. Unas ciervas pintadas con un color huyen en una dirección; otras garzas o gacelas, de un color distinto, escapan en la dirección contraria. Es decir, una estampida. Los animales, asustados con el estampido de algún trueno, salen alborotados de algún aprisco.

Desde antaño se caza empujando a los animales hacia una “red”, un redil. ¿No se ve en la pintura rupestre unos círculos concéntricos como cercas o vallados? Y el significado de las manos se desvela cuando comparamos la pintura rupestre de esta cueva con otra cercana. Aquí no se ven varios cérvidos en fuga sino dos caballos con sus lomos sobrepuestos en la misma situación de estampida. Uno huye hacia un lado, otro hacia el opuesto. Cuatro manos rodean a los equinos y cada una se halla situada en los cuatro puntos cardinales, como queriendo dar a entender un protocolo de actuación, una estrategia: cortar el paso, rodear a los animales para agruparlos en un centro. ¿Y qué hacer después? La respuesta nos la da otra cueva del mismo entorno geográfico. Allí se ve un caballo, con la cabeza agachada, y varias manos dibujadas en el cuello, llenándolo de caricias como las que domesticaron al indócil Bucéfalo. Evidentemente, ninguna mano se dibuja en los cuartos traseros donde todo lo más que se podría obtener es una cox del cuadrúpedo.

3

¿Tiene el arte rupestre, al lado de una cara *lúdica*, una función didáctica? No se olvide que jugar con el “lodo” es una actividad divertida, sobre todo para escultores, y práctica, sobre todo para ceramistas. Veamos ahora otro ejemplo: un mamut aparece dibujado de tal modo que deja ver claramente en el interior de su cuerpo una mancha, un enorme corazón. ¿Qué sentido tiene esa lección de anatomía zoológica? ¿No se puede intuir que se trata de mostrar el punto vulnerable hacia el cual deben dirigirse las lanzas para matar al animal del modo más eficaz? Ahora bien, si el dibujante puede enseñar a cazadores novatos la posición del corazón ¿no es porque se conoce su lugar? El gran tamaño del elefante ha hecho necesario trocearlo, despedazarlo para llevarlo a la cueva, pues no es posible comerlo todo “en el sitio” y, además, existen niños, mujeres, enfermos y ancianos que deben ser mantenidos. El artista - seguramente al servicio del jefe tribal- brinda su arte para la perfección de las técnicas de caza. ¿Ha nacido el arco y la flecha de la misma actividad bélica o de las liras del lírico que canta a los guerreros armados con escudo y lanza? Una cosa es cierta: desde los más remotos tiempos el hombre ha deseado realizar el ideal horaciano de juntar la belleza y la utilidad. ¿No es un prodigio de talento científico y de buen gusto estético ese “propulsor” con forma de caballito saltando? ¿Y las vasijas con formas humanas o animales o bien adornadas con inútiles motivos geométricos.

El fuego ha creado el “hogar”. El hogar ha hecho nacer, como la polis alrededor del ágora, toda la cacharrería de vajillas. “Tirarse los platos” a la cabeza es la expresión consagrada por el lenguaje para señalar las desavenencias matrimoniales. El fuego endurece las puntas de las flechas y lanzas con las cuales se cazan los animales que sustentan a la tribu. Finalmente, el fuego también cuece, cocina la carne cruda. Si el hielo la mantiene dormida, aletargada, la llama viva la despierta. La carne -roja, sangrienta- da vida al moribundo. La raíz de la voz “carne” se relaciona con el radical de “cuerno” (el pollo es la “carne” menos carne) y “cuerno” tiene el sentido de “dureza” (como en el inglés “corn” del grano de maíz, la mazorca brotada). De modo que todos los animales, hombres incluidos, somos “carne y huesos”. A estos se añade la sangre, algo que para el hombre primitivo contiene el principio de la vida. ¿No es entonces lógico recibir, guardar, contener la sangre vertida por la víctima en un cáliz, un cuenco, una copa o vaso sagrado? En griego existen tres vocablos sospechosamente cercanos: “humus”, “hemo”, “hemi”. El “humus” es la tierra fangosa, la arcilla rojiza de la que se vale el alfarero para moldear con las manos sus esculturas “humanas”, sus vasos antropomorfos. El prefijo “hemo” significa “de color rojo”, como los glóbulos rojos, como la gleba arcillosa. Y “hemi” quiere decir “mitad”, igual que esas rotas “ánforas” (o sea, transportadas con “doble” o “anfi” asa). Quizás la costilla de Adán (“arcilla” en hebreo) sea un asa y el mito platónico del *andrógino* oculte detrás suyo algunos vasos geminados del arte oriental (¿no llamamos “siameses” a un fenómeno que siempre ha existido desde que el mundo es mundo?).

La experiencia del hombre con el barro comienza ya en los barrancos. El cazador espía, rastrea, “barrunta” las huellas de los animales salvajes impresas en el lodo. La mujer barre el barro con unas cortadas ramas de palmera. También los niños borran el barro, pero con las manos que lo desmenuzan entre sus menudos dedos. En las orillas del mar, junto a los grandes lagos, las olas enseñan ese continuo tejer y destejer las huellas de las pisadas. Las playas son un palimpsesto, un anticipo de aquella primitiva escritura aún conservada en las tablillas cuneiformes.

¿Y el arte? ¿Qué le debe el arte al barro? ¿Dibujan primero los pintores sus modelos en el fango o bien usan estatuas de barro modeladas para pintar luego en las paredes? En una cueva levantina vemos el combate de unos guerreros con un porte bastante particular: un tronco grande, desmesurado; una cintura de avispa; una cabecita redonda, pegada al cuerpo sin cuello visible; unos brazos en semicírculo, igual que un asa adherida a su taza.

¿Simbolismo mágico-ritual? ¿Poderosos músculos para dar saltos de siete leguas? ¿Voluntad de estilo? Si preguntamos al niño acostumbrado a jugar con la plastilina tal vez su respuesta sea demasiado sencilla: el barro, al frotarlo entre las palmas, se alarga y el centro se estrangula casi casi hasta romperse; las bolitas de cabeza se pegan mejor al tronco sin un frágil cuello (¿no nos lo dicen acaso tantas esculturas clásicas descabezadas?). Y los brazos o los arcos parecen “juntados”, elaborados aparte. Ahora bien, la circunstancia de que un emperador chino se enterrase con un ejército de terracota no nos obliga a pensar que también hubiese “soldaditos de barro” en la prehistoria.

El barro se forma con el agua y el agua de la fuente, como las anguilas, es sutil y escurridiza. Dada la propiedad de que el líquido vertido en las libaciones sagradas corre libremente y se desparrama en la tierra hasta alcanzar – como un nivel de albañil – la quietud horizontal, se podría suponer un lazo semántico entre la raíz indoeuropea de “agua”, en latín “acqua”, y el término latino “aequus”, que designa la llanura o “igualdad” del terreno (por tanto, poéticamente, la “equidad” o “justicia”, como la balanza de platos equilibrados o un río de estepa en que no supiéramos “de qué lado fluyen las aguas”). El agua es símbolo de vida y, por ello, se halla nimbada de un carácter divino. Como dice el refrán: “De perdidos, al río”. Este nos señala dónde está la montaña, “de donde” (<unde) vienen las “ondulaciones” del agua y nos indican el dónde van, la mar que es el morir...

Pero, sobre todo, los ríos son lugares de “peregrinación”. Allí acuden los hombres, los animales y los hombres junto con sus animales. Si no se bebe agua no se vive. En los pozos el mozo requiebra a la moza de la otra aldea y el hermano de la moza da una paliza al amante de su hermana. Guerra y Paz. Romeo y Julieta. La Biblia. Caravanas: bebe y da paso. Se podría escribir una historia del hombre como se traza el ciclo del agua. En una tierra inmensa, para una población sumamente escasa, los grandes ríos han sido los intermediarios de las culturas, ellos han puesto en contacto unos pueblos con los otros, han permitido que los inventos y hallazgos fluyan como hacen sus corrientes. De oído a oído se trasvasa la información. ¿Cómo se pasa el agua del río? Al beber en un arroyo el hombre ahueca las dos manos juntas como las valvas de una *clochina* o mejillón que se abre (la palabra “cuchara” deriva del nombre latino del molusco). Unas conchas marinas le proporcionan unos cuencos, una concavidad de cavidad natural. La huella en el barro, secada por el sol tras la lluvia, conserva un cierto tiempo el agua tan deseada embalsada en el charco. ¡La idea de un recipiente ya se encuentra esbozada en las mentes! El agua se

puede retener, contener, mantener sin que se escape entre las manos. Basta con moldear entre ellas esa mujer con los brazos en jarra que es una crátera

4

Si el fuego es el enemigo de los campos a los que incendia malogrando las cosechas, el agua, su opuesto en la naturaleza, es su gran aliado. El agua hace posible la agricultura. O sea, el cultivo en el agro de los agrios y de aquello que no es tan agrio, tan picante o punzante como el arado de bueyes, la yunta que recorre la distancia de un acre abriendo la dura tierra sin el cejo y la acritud del campesino (la raíz “acer”, emparentada con “acus” o punta, nos da “ácido”). El campo o *ager* surge del arado y de la azuela o azadón, del lumbago y la lumbalgia, de la inclinación del lomo y de las lomas transformadas en terrazas, del cavar con la punta picuda (acus) de delante y allanar la tierra con la pala de atrás (aequus). Hasta que el hombre advirtió que una semilla, el hueso de una fruta, enterrados como un muerto, resucitan siguiendo un ritual biológico al ritmo del calendario, los hombres se satisfacían con alargar la mano y tomar la fruta silvestre de la estación. Los vegetales, resultado del sol, del aire, del agua y de la tierra, concentran en sí la fuerza de los cuatro elementos de la naturaleza. Como en el caso del fuego, los hombres del “neolítico” - una denominación que les hubiese extrañado tanto como la de “medieval” aplicable a todos los que no son contemporáneos - se encontraron con la incipiente expectativa de que la naturaleza podía controlarse, dominarse, dirigirse en su propio beneficio. También el consumo de carne sigue el mismo recorrido: de la caza o “aquí te encuentro, aquí te mato”, a la crianza, la domesticación. Pero esos animales domesticados que ofrecen al hombre su trabajo, su piel, su leche, necesitan también comer, ser alimentados. Del mismo modo que en el zoológico, cambian la libertad por la comida. Una porción de los alimentos obtenidos con la agricultura ha de destinarse para el mantenimiento del ganado. He aquí ya un conflicto de intereses entre pastores y labriegos, entre Caín y Abel.

El proceso de “domesticar” a un animal salvaje es sencillo. La bestia es “provocada”, incitada hacia nuestro “domicilio” y “dominio” -domus-con el atractivo del cebo sujeto a un cipo o cipote, un cebo como la cepa de un tronco. Una vez que muerde el anzuelo somos ya sus dueños. La bestia ya no embiste, se deja acariciar, se ha “vendido” en expresión humana, demasiado humana. Y el mismo método que sirve para cazar a un animal terrestre - palo, cuerda, cebo - se adapta a la pesca. La voz “caza”

deriva de la raíz latina de “cabeza”. Por la boca muere el pez y se queda sin ministerio de Agricultura y Pesca el besugo deslenguado. Claro está que la lanza y el arpón nos dan un ciervo, un salmón. ¿No será posible aumentar la cuenta de resultados, multiplicar los panes y los peces? Las redes enredan los ciervos en el redil y apresan a los peces incapaces de huir a través de sus cuadrículas. La *retícula*, de hilos anudados en ángulos “rectos”, es la ametralladora del hambre; pero, además, enseña al hombre un nuevo oficio, una nueva técnica: el arte textil.

A nadie se le escapa que un carrete de hilo de coser se parece como una gota de agua a otra al carrete de una caña de pescar con sedal. Cuando se tira el arpón, si no está atado al extremo con una cuerda, se pierde el arma y se pierde la ballena arponeada. Varios peces ensartados, como un pincho moruno, acaban siendo un ábaco de cuentas para contar y, si se enfilan varias conchas, tenemos ya lindos y coquetos collares para el cuello. Por supuesto, a mayor rareza de las cuentas mayor es el rango contable de quien luce la prenda, especialmente la mujer o la hija del mandamás. De modo que todas las artes vienen a ser solidarias unas de otras. La pesca se complementa con la costura de las redes y las hilanderas se lían la manta al cuello y al pulso de la muñeca la pulsera. Los primeros hilos de tejer son, además de las fibras o “fíbulas” vegetales que da la reciente agricultura, los nervios seccionados de los animales capturados o criados en la casa. El lenguaje nos lo recuerda. Las fíbulas modernas prenden tan bien como un buen zurcido. En latín la raíz “neo” (o nev-i, net-um) significa *hilar* y es pariente de la red o “net” de “internet” y de la tela *neta* o *nítida*, “netejada”, clareada. Y también, conviene insistir, “nev-” se asocia con “neuro” o “nervio”. Tal vez el vocablo “peroné” sea un compuesto de la partícula intensiva “per” y la raíz “neo” de “hilar”. El hueso del peroné sería un “perno”, una lezna cuya dureza le hacía posible traspasar el grosor de las pieles (del mismo modo “peri” o “dar vueltas alrededor” es algo que entiende cualquier modista que pasa y repasa como un periférico respecto a un ojal. En una cueva rupestre de Albarracín se ve a un cazador llevando una chistera en la cabeza. ¿Dónde mejor llevar el morral para meter esos conejos y palomas que los magos sacan de las... chisteras? Al parecer los prestidigitadores sazonan sus trucos con chistes sacados de la chistera de la testa con el fin de distraer la atención y dar gato por liebre. En realidad, “chistera” deriva de “cesto” y “chiste” de “chistar” o hablar bajito, en burla. Pero... ichist!

Antes de que existiese Vulcano existían ya los volcanes. Estos vienen a ser como unos altos hornos pero sin patentes ni competencia industrial. Si el rayo ya era bastante terrorífico, una erupción volcánica, aún vista desde el gallinero, tenía que ser tan espeluznante como una película de terror de aquellas que ponen la piel de gallina. ¡Qué espectáculo de temblorosa belleza contemplar la montaña escupir llamaradas como un dragón! El fuego creó el arte culinario y la gastronomía, hija del hambre, requirió el desarrollo de la cerámica para no perder el aceite y servir las ensaladas. Pero, si el plato se cae, se hace añicos y mal año haya si es preciso volver a mancharse las manos de barro. ¿No será posible encontrar algún material más duro, de mayor resistencia? Por azar, en algún arroyo bajando de un monte, los hombres habían encontrado unas pepitas de oro, tan amarillo como el sol y las yemas de huevo de gallina. Y el hallazgo de la plata, blanca como la luna y la albúmina, confirmó que tales metales, esquivos y raros, eran dignos de los dioses. Sin embargo, a esas monedas, a tales medallas olímpicas les faltaba la tercera: el cobre, el cobre con el que se cobran las deudas. Una vez más el hombre observó un hecho fortuito: en los refugios y abrigos, donde se quemaba la madera en las hogueras y se protegía del viento el fuego con rocas, las piedras (o sea, las “minas” o “menas” con las que se “amenaza” a “mineralazo” limpio) sufrían una extraña transformación: una sustancia viscosa se fundía como un lingote de vainilla dorada a sorbos y lengüetazos golosos. Cuando ese líquido ardiente era vertido por el listo de la tribu en un molde de piedra (o una piedra con un hueco natural agrandado con artificio) sucedía un acontecimiento que les hacía salir, sin saberlo ni sospecharlo, de la edad de piedra. Una vez frío el metal se tenía una materia fuerte, resistente, con la que los cónyuges podían poseer escudillas y pelearse sin riesgo de quedarse sin ajuar doméstico. Pero más importante era que un metal, el hierro, era ideal para las “herramientas”. Y para el guerrero su instrumento son las armas. Una espada de hierro comparada a una lanza de madera viene a ser como un tanque sionista con unos niños palestinos tirando piedras. Los egipcios, que no conocían el oficio de herrero, sufrieron su ignorancia con el dominio de los hititas. Y desde entonces tener un arma secreta, una bomba atómica, una X cualquiera capaz de matar un millón de hombres al día, ha sido un asunto delicado reservado sólo para los ojos del “presi” y sus amigos.

Los metales inauguran un nuevo periodo. Ya no se habla de piedras nuevas o de piedras viejas. ¿Qué duda cabe que estamos aquí ante un adelanto, un progreso, un paso al frente? Estaría uno

casi tentado a suponer que el uso de palillos para comer en oriente (lo cual hace necesario que un solo cocinero, de confianza, disponga de cuchillos) esconde la intención de que los soldados del emperador - déspota como todos - tengan más armas y los campesinos del señor feudal más palos.

El hombre, a diferencia de la piedra dura e insensible, no se queda quieto nunca ni precisa un puntapié para mover el trasero. Una vez logrados algunos metales probó a combinarlos igual que hace un borracho - tan lleno como la cuba - con las bebidas. O sea, "a ojo de buen cubero". En una cuba, al azar, de manera aleatoria (en latín "alea" es cubo o dado) se producen las "aleaciones", las "alianzas" o mezcolanzas de lo uno con lo otro o "alius". De uno de esos cócteles surge el bronce cuyo color tanto estiman los amigos de broncearse. Como el bronce es bello se usó mucho tiempo para adornos y objetos de lujo aunque posee cualidades superiores al hierro para el empleo militar. He aquí un ejemplo ofrecido a los guapos y las guapas para demostrar que a veces la belleza es, para decirlo al modo de los que estudian *english* con la BBC, un "hándicap".

6

Desde el hombre que se refugia en la cueva para huir de los rayos hasta aquel que trabaja con el fuego como Hefesto o Vulcano en la fragua para forjar tizonas ha llovido mucho, quizás ha diluviado. Pero el diluvio no logra diluir todo y el hombre vuelve a levantarse como una planta arrancada de la que se ha dejado en tierra la raíz. En la ilustración, Kant lanzó un eslogan filosófico que no tuvo tanto éxito político como el de la "liberté, égalité, fraternité" de su trifulca admirada, la Revolución gala. Decía: "Atrévete a saber". Cada época busca concentrarse y filtrarse en la historia con su propia frase. La filosofía griega se inicia con la sentencia del oráculo de Delfos que Sócrates hace suya: "Conócete a ti mismo". Narciso, ese bello adolescente tan malentendido por todos los envidiosos vejestorios, simboliza el gozoso reconocimiento de la propia imagen, del cuerpo, su copia y reflejo en el espejo de la laguna; la ninfa Eco representa la propia voz refleja, la palabra interior que resuena en uno mismo, la conciencia. Narciso es el Eco de la imagen y Eco es el Narciso de la palabra. Levantad las faldas al mito y hallaréis el logos como el fuego que produce la sombra chinesca en la pared de la gruta. ¿Y dónde mejor ha podido manar esta historia mitológica que en la profundidad de una caverna? Allí encontramos los lagos subterráneos que permiten a Narciso contemplar su rostro en el espejo del agua. Allí tenemos igualmente

las amplias bóvedas que convierten a nuestra voz en un manual de rimas para uso de poetas. Yo digo: “soy yo, heme aquí” y el eco repite con alguna deformidad: “...aquíi”. Y si fuese latino diría “eccum” y escucharía al instante “ego”. El “yo” no es odioso. ¿No es lo que señala la cortesía presentarse, anunciarse, al entrar en una casa vacía? Sobre todo si tiene una mano pintada en la puerta de antesala como algunas casas tienen un cartel con la inscripción: “chien mechant”, “cave canem”, “perro peligroso”, etc.

Antes de que existieran la escritura, la gramática y los escribas ya había habla. O sea, que el homo “faber” no solamente fabrica hachas de sílex sino “fábulas” o hablillas como la de Narciso y Eco. ¿No es acaso fabuloso ese montaje de verbos conjugados, de adverbios satélites, pronombres vicarios y toda la retahíla de las partes de la oración troceadas por los lingüistas clásicos en la camilla quirófano de un texto? Pero así como los grandes ríos nacen de ridículos arroyuelos, también toda la obra de Hegel, Marx o de Shakespeare se alza de una interjección, de un grito de dolor, de un salto de alegría acompañado de un bufido de alivio. Hay quien lo niega diciendo que las onomatopeyas ocupan solamente una ínfima parte del vocabulario de todas lenguas. Sería como decir que la encina es mucho mayor que su semilla o que el tataranieta de bebé no recuerda para nada la nariz del tatarabuelo anciano. Hace falta excavar hasta donde llegue nuestra imaginación - fonética histórica mediante - para ver en la “tristeza” la misma raíz “tri” de “triturar” el trigo o bien del “rastrillo” que arrastra todo lo que está a sus pies para el arrastre. Machacados, hundidos... he ahí “metáforas” - trasladar, llevar o *fora* a la meta - para expresar un estado de ánimo. También en la “lengua” - algo en lo que participan dientes, labios y otras partes del cuerpo que no son la “lengua” - es plagio aquello que no continúa la tradición. Un pueblo presta sus imágenes y sus voces a otros y tal vez las recibe mucho tiempo después tan cambiadas que no las reconoce ni la madre que los parió. ¡La historia del lenguaje en pañales es una maraña, una telaraña excesivamente sutil y enredada! En definitiva, el hombre gruñe desde que es hombre sin saber que un día ese gruñido será algo más que el graznido de un cuervo. Basta que un joven se ponga a cacarear como una gallina para señalar la cobardía de un colega - las *encantadoras* muchachas londinenses regalaban una pluma de clueca a los mozos que no se alistaban para el frente-para que ese sonido natural sea ya algo más que un ruido, un “rugido” cualquiera de la naturaleza. Tiene una intención, un sentido, y esa intención y ese sentido significan algo “enlatado”, fuera del contexto, un signo auditivo que se puede repetir según la voluntad del hablante remitiendo a la situación originaria.

El hombre primitivo habla, aunque seguramente no fuese demasiado gárrulo. ¿Qué decir cuando no se sabe cómo decir ni qué decir? Todos los que hemos hablado una lengua bárbara conocemos esa sensación de pasar por hombres taciturnos o estúpidos. Poco importa si el hombre de las cavernas tiene una lengua formada con media docena de sonidos y aún esos sonidos parecen una mixtura de gestos y gargarismos bucales. En la pared de un abrigo africano se puede ver a un guerrero salvaje que caza una gallinácea arrojando una lanza sobre ella. Pero lo importante es que de la boca del cazador y de la boca del avestruz salen unas pequeñas rayas discontinuas, como las pisadas de un animal en el barro (la trayectoria de la lanza también está "punteada"). El primitivo lingüista de la sabana ha observado que el grito de júbilo suyo y el grito de dolor del animal son un sonido capaz de ser partido, descompuesto, igual que la materia y el espacio. La descomposición en sílabas es una tarea relativamente sencilla para un niño y un adulto analfabeto. Todos tenemos la experiencia de "quedarnos en blanco", de no poder acabar una palabra comenzada. He ahí el inicio del análisis. Como los aviones que no tienen pista de aterrizaje nos vemos obligados a prolongar el último vagón de la comitiva verbal: "ca-chi-cáaaaaaa ¿...?" "Cachica-mo", responde el caribe al castellano que no conoce el nombre del armadillo allende los mares.

El hombre primitivo habla, pero no escribe. O mejor dicho, escribe como hacen los niños: con dibujos que nos dicen mucho más de su alma infantil que de un pensamiento articulado en frases. Si quiere decir "me gusta el mar", "vi el mar", pintará un mar con unas líneas onduladas, unas olas sinuosas como una sierpe... Mucho después esas ondulaciones marinas responderán a un código y luego serán la letra "m" (al menos esos dicen los expertos en egiptología, aunque demasiado encrespadas parecen dichas olas "mmm" y nos recuerdan más al trazo de un lápiz en una "mano" abierta, esa mano que caracteriza al mono y también al humano, incluido el "man" británico. No se olvide que en alfabetos latinos antiguos la "m" tiene cuatro arcos como los nudillos de la mano).

Ya tenemos, pues, un pie puesto en la escritura ideográfica y, con ella, en los textos o documentos "escritos" que permiten a los "docentes" visitar los arcanos de los archivos en las arcas (.doc) para sacar del polvo la caña de una "doc.trina" magistral. La escritura es la puntilla, el estilo o punzón que remata y pone final a la "pre-historia", un periodo que muchos historiadores prefieren llamar "proto-historia" no dudando un instante en sentirse descendientes de la abuela Lucy, efímeros mosquitos o

moscardones de paso en un verano de transición entre dos inviernos glaciares.

7

Desde la abuela Lucy a las descendientes desnudas que pintan los “amecenados” artistas del Renacimiento, los bohemios impresionistas o aquellas que fotografían los furtivos cazadores de imágenes eróticas median muchos, muchos miles de años. En ese largo trascurso los hombres han perdido el pelo, pero han aumentado la maña. Los abrigo les permiten pasar el invierno y las perchas o armarios disfrutar de los veranos ligeros de ropa, casi desnudos como los hijos de la mar... Las mujeres, con la excepción de fugaces modas anoréxicas, exhiben unos generosos atributos sexuales femeninos. Como las venus o diosas de la fertilidad de la prehistoria y las rollizas damas rubensianas. O sea, dan preferencia a las diferencias físicas frente a la tendencia *unisex*, igualadora, ese pulso hecho a la tendencia de la naturaleza. El varón lleva la *vara*, el bastón de mando, el símbolo de la *virilidad*, esa *verga* cuyo radical surge lingüísticamente de la raíz “vir”, esto es, la fuerza o ímpetu. Quien tiene la vara dice la veritas o verdad, el veredicto, la sentencia. La mujer, como la “molicie”, representa la blandura, la debilidad. La fémina es la que nutre o alimenta, quita la “famine” o hambre de la prole, de la familia (es decir, el matrimonio, que no el patrimonio). Desde los tiempos de las cavernas el hombre y la mujer, como cualquier bruto, han sido empujados uno hacia el otro por un instinto natural. Sin embargo, el alumbramiento de un hijo (el que sigue el hilo o filamento del cordón umbilical) no se asocia tan fácilmente con el acto sexual. ¿Quién podría reconocer una indigestión causada por haberse tragado una pepita nueve meses antes? De ahí que brotase el mito de que las yeguas veloces eran preñadas por el céfiro, un vientecillo, un soplo... ¡Siempre los embarazos embarazosos de justificar recurren a causas tan sutiles! Claro está que la observación de otros animales, su celo, su periodo de embarazo más corto y las hembras que no conocen macho, hacen que los más avispados sumen dos más dos. Cualesquiera que sean las formas “culturales” de realizar el sexo, la realidad es que la verga o falo - duro como la piedra o cuchillo - corta el himen de la virgen. En latín “saxum” es “roca” y la raíz “sec” significa “cortar”, como se ve en la “sica” o puñal del sicario, en la hacha o “segur”, en la “secante” o en el verbo “seguir”, que consiste, “según” puede deducirse, en ser el “segundo”, el que “sigue” al que abre el camino con la hoz o machete en el campo. Y, gracias al sexo, de Lucy han nacido muchas Lucías para dar a luz a muchos ilustrados que cuestionan por qué motivo es superior hacerse eunuco por el Reino

de Dios en lugar de ser uno de aquellos a quienes se reserva la disculpa de que “mejor casarse que abrasarse”.

Hemos visto al hombre crecer desde que dudamos si es o no es un hombre hasta que cultiva plantas, ordeña cabras, sale de las grutas y aprende a construir casas con diversos materiales, primero aisladas y luego alineadas y, sobre todo, dejar grabados en las paredes unos garabatos enigmáticos que un día permitirán a algún gracioso soltar este primer esbozo de “épater”, molestar o escandalizar al lector.

Y con esa prodigiosa invención de pintar un techo de casa con una mujer estilizada debajo para simbolizar con ello el concepto de la “paz doméstica”, tal como sucede en un ideograma chino, o bien dibujar un ojo abierto o cualquier otro objeto material para asociarlo con ideas concomitantes, la prehistoria pasa la página o, mejor dicho, la abre y comienza el libro de la historia de la humanidad contada por sí misma. Hasta entonces los estudiosos solamente pueden interpretar lo que dicen las piedras, si estas expresan conocimientos astronómicos o creencias religiosas; o lo que cuentan los dientes y los huesos, los cuales nos revelan las enfermedades sufridas, la forma de alimentación, la fauna y la flora disponibles que nos confirma el arte rupestre; o la pericia en el manejo y la elaboración de los instrumentos, si revelan una técnica refinada o torpe, un modo de dividir a los hombres en “paleolíticos” o de la vieja piedra”, o “neolíticos”, de la nueva piedra. El descubrimiento de yacimientos arqueológicos permite al científico calzarse las botas y alzar el pico y la pala para cavar, hurgar en el pasado. Cuanto más viejo es un trozo de vaso, un asa, un peroné, un cráneo, más profundo será el nivel en que se halla enterrado. La historia, como las rocas sedimentarias, las cebollas y las mantas en el invierno, se distribuye en muchas capas o estratos. Otras ciencias como la física y la química, con métodos de datación como la radiación del carbono 14, sirven para establecer la cronología del pasado, una cronología no siempre precisa y que se extiende a lo largo de millares de años. Como es comprensible el “hombre prehistórico” no es el mismo ni en todas las épocas ni en todos los lugares. De ahí que los especialistas creen denominaciones más o menos vergonzosas o dignas. Unos son como los sobresalientes, los figuras, los matrículas de honor: el “homo sapiens”. Otros se hallan en la linde del suspenso o aprobado: el “australopitecus”. Algunos toman su nombre del lugar en donde se han encontrado. “El hombre de Pekín”, además de parecer el título de una película de aventuras, es el nombre de un homínido que no es en absoluto un chino de Beiging y que, si se hallaba allá, era por caso como un diplomático al que le llega la muerte en el desempeño ocasional de

tal o cual embajada. En comparación con el pequinés, el “hombre de Atapuerca” posee escaso “caché” onomástico, apenas para un cortometraje local o una película porcina del tipo “Jamón, jamón”. Claro está que todo esto no tiene en absoluto nada que ver con su verdadera relevancia arqueológica. Sencillamente viene a cuento para señalar que el “hombre de Atapuerca” henchirá de orgullo a un español, y más si es burgalés, como el hombre de Neandertal, hinchado de “enes”, hace resoplar de gozo a los teutones. Por supuesto, ni uno ni otro son “alemanes” o “españoles”, pero la escuela nos ha enseñado a estudiar la “geografía y la historia” tan juntas que podemos ya decir eso de “tanto monta, monta tanto”. Y es que los pueblos en el comienzo de la historia andaban primero vagabundos, nómadas, buscando comida como gitanos de aquí para allá. Después, como en el juego de las sillas y la música que cesa de sonar, el que se queda sin silla pierde cualquier villa y el que se asienta pone en jarra sus brazos como los cuernos de un toro para que no le quiten el pasto. El conflicto actual entre israelíes y palestinos es uno de esos casos en los que dos grupos humanos están de acuerdo en una cosa: quieren el mismo pedazo de tierra. El estudio del pasado nos enseña que nada pasa: quien llega antes no siempre se lleva la mejor parte si viene otro detrás que tiene un dios que reparte más leña, mejores bendiciones y sus siervos cuentan con un mazo más potente.

Pablo Galindo Arlés, 23 de enero de 2015